

LIBROS

Jan Potocki: Enciclopedismo y picaresca

De unos años a esta parte venimos asistiendo —tal vez a causa de una solapada invasión de la mentalidad «camp» en todos los sectores de la cultura— a la desmesurada hipertrofia editorial de una literatura que, hace apenas un par de décadas, era tenida por trivial y casi despreciable. Me refiero a esa literatura fantástica y macabra, mágica y folletinesca, que hizo su aparición en la segunda mitad del siglo XVIII y que, gracias al apogeo romántico del irracionalismo burgués, alcanzó su máximo florecimiento en pleno siglo XIX. La literatura romántica fue, en gran parte, una reacción ideológica contra la filosofía de la Ilustración. Pero nadie habría imaginado que, centuria y media más tarde —en una época en la que parece imposible eludir cualquier especie de compromiso—, los lívidos espectros de Anne Radcliffe y los cloróticos vampiros de Sheridan Le Fanu resucitasen en olor de «best-sellers». Sin embargo, así ha sucedido; y no vamos ahora a rasgarnos las vestiduras por el hecho de que «Los misterios de París» haya desbordado editorialmente a «La náusea» (que a tan elevado precio y de maduro adquiríamos los adolescentes inquietos de los años cincuenta).

Estas premisas se han de tener en cuenta a la hora de valorar en su justa medida la publicación en España del «Manuscrito encontrado en Zaragoza», de Jan Potocki, novela fantástica que gozó en su tiempo de cierta fama y que, hace algunos años, fue llevada al cine con excelentes resultados por el realizador polaco W. Has.

Jan Potocki, aristócrata polaco nacido en 1761, fue un extraño e interesante personaje: viajero, erudito, oculista... Su espíritu progresista le hizo tomar contacto con los hombres de la Enciclopedia; ya en su país se mostró tan

abiertamente partidario de las ideas liberales, que incluso llegó a ser acusado de jacobino. Estuvo en España en dos ocasiones; consecuencia de estos viajes fue la publicación, en 1804, del «Manuscrito encontrado en Zaragoza». En 1815, a causa de graves dolencias neurálgicas, se suicidó con una bala de plata que él mismo había pulido para adaptarla al calibre del cañón de su pistola.

Al leer el «Manuscrito», podría pensarse que se trata de una novela más al servicio de la reacción anti-ilustrada; pero esta tesis carece de fundamento, máxime si se conoce la personalidad del autor. Caro Baroja, prologuista de la traducción castellana, considera a Potocki como un precursor de los escritores románticos —Merimée, Barrow, Gautier, Washington Irving— que más tarde visitarían España. La afirmación es correcta. Pero yo pienso que, al margen de su papel como pre-



romántico, el conde Jan Potocki, ilustrado de pies a cabeza, intentó llevar a cabo una obra de creación, aderezada con un elemento exótico —el ambiente español entreverado de un clima cabalístico— y sometida a un tratamiento técnico peculiar —el de la literatura picaresca—, que, sin alcanzar esa clara intención didáctica de los enciclopedistas, se orienta primordialmente hacia la sátira. Y no se trataría de una sátira personal, como insinúa Caro Baroja («alusión a personas que son de lo más respetable que tuvo la España de fines del XVIII»), sino de costumbres, instituciones, ideas y prejuicios. En este sentido, el «Manuscrito» me recuerda, salvando las distancias, al «Zadig» de Voltaire o al «Jacques le fataliste» de Diderot.

Porque, en el «Manuscrito», lo macabro no es jamás abso-

lutamente macabro, ni lo esotérico absolutamente esotérico. El lector tiene constantemente la impresión de que Jan Potocki se está burlando de todo. Y, en efecto, la fantástica estructura del relato se halla salpicada de imprevistas pinceladas de ironía. El «Manuscrito encontrado en Zaragoza», más que una «obra maestra de la literatura fantástica de todos los tiempos» —en opinión de Roger Callois—, es, a mi juicio, la valiosa muestra de una difícil síntesis entre el pensamiento enciclopedista y el más incisivo humor negro de nuestra literatura picaresca. ■ SANTERBAS.

JAN POTOCKI, «Manuscrito encontrado en Zaragoza». Prólogo de Julio Caro Baroja. Traducción y notas biográficas de José Luis Cano. Ed. Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1970.

«La lozana andaluza»

Menéndez Pelayo había dicho que este relato de Francisco Delicado constituía un libro «inmundo y feo», de «nulo» valor estético, con in-

dependencia de su interés como documento histórico. Aunque otros muchos opinaron de distinto modo, lo cierto es que el juicio de Menéndez Pelayo prevaleció y, durante muchos años, la extraordinaria novela de Delicado anduvo entre penumbras y clandestinidades.

Recientemente, el texto ha sufrido una especie de revalorización pública, y no precisamente, según parece preocupa a Bruno Damiani, el responsable de esta excelente edición de Castalia, porque se haya descubierto un fondo moral y una función aleccionadora tras las supuestamente obscenas páginas de Delicado. Decir que el saco de Roma prueba la intención condenatoria del libertino mundo que le precedió, o que no puede considerarse obsceno un libro que muestra las soledades y repugnancias de la vida prostibularia, es un modo pueril de irse por las ramas, puesto que el valor de «La lozana andaluza» no está, en ningún caso, supeditado al resultado de ese tipo de disquisiciones. Recordemos todo el infantilismo moral que, en el mismo sentido, envolvió nues-

tra primera aproximación a «La Celestina».

Señalar las relaciones literarias entre «La lozana andaluza» y otros textos inmediatamente anteriores o posteriores quizá sea también, aunque más importante que lo anterior, secundario. Con lo que, a mi modesto modo de ver, se haría inaceptable la posición tradicional, encarnada por Menéndez Pelayo, no tanto porque fueran falsas sus conclusiones, sino, lo que parece más grave, por la irrelevancia de sus criterios. «La lozana andaluza» podría ser un relato obscuro y sin conexiones literarias, y, al mismo tiempo, una extraordinaria descripción de la época, una galería de personajes vivos, una imagen popular de Roma, una excepcional y libre visión de la realidad. En todo caso, frente a la literatura domesticada, frente a la imagen de una España entregada a misioneros trascendentales, «La lozana andaluza», como antes el Arcipreste o «La Celestina», expresan esa otra España renacentista y soterrada, amiga de los placeres y las sensaciones temporales. Viene así «La lozana andaluza» a convertirse

Rosas rojas para Sean O'Casey

El recuerdo, en cajas de zapatos

El mes de marzo pasado, Sean O'Casey hubiese cumplido noventa años. Si le hubiera sabido la compañía que representaba en el Beatriz, de Madrid, «Rosas rojas para mí», hubiese depositado unas rosas rojas para él. No lo supo, no lo supo nadie: «Nadie lo ha celebrado en el mundo», ha dicho en París la viuda de O'Casey a la periodista Mary Blume. La que fue su compañera desde que se casaron en 1927 hasta que el dramaturgo murió en 1964 —cuando tenía ochenta y cuatro años— ha ido a París para presenciar una ópera basada en «El arado y los estremos». Desgrana sus recuerdos:

—La gente no conocía bien a Sean. Podía ser arrogante con alguien que no le gustase, pero era fundamentalmente bueno. Lo que le importaba era la verdad. Lo que consideraba como verdadero lo defendía hasta el final. Era, sobre todo, una persona normal. Es la mejor forma de definirle: un ser normal. No sé cómo comenzó a escribir.

«En los últimos años se enristeció. Tenía la vista enferma, sus obras se representaban poco. Contestaba con su propia mano las cartas de

los jóvenes que le hablaban de sus obras. Apenas salía de su estudio. La limpieza de su cuarto debía hacerse a gran velocidad, para que pudiera entrar en él en seguida.

«Llevaba a su cuarto a las personas a las que quería de verdad. Cuando estaba en el hospital, terminando su vida, quería regresar. Regresar a su habitación.

Ellen O'Casey abandonó la casa de campo cuando murió Sean. Se fue a vivir a Londres.

—No hubiese podido soportar seguir allí sola... Me hubiese vuelto alcohólica... ¿Qué iba a hacer en otoño, cuando los árboles comienzan a desnudarse?

Ahora está escribiendo sus Memorias, sus recuerdos, su vida con Sean O'Casey. No conserva demasiados documentos de entonces...

—Cambábamos demasiado de residencia, y yo era muy descuidada. Fue George Bernard Shaw quien, avanzado ya nuestro matrimonio, nos recomendó que lo guardásemos todo en cajas de zapatos. Le hice caso, y así se salvaron muchos papeles. ■ P. B.

en pieza importante de un complejo y difícil discurso relacionado con toda la historia moderna de España.

No es nada sorprendente, por ejemplo, que un hombre como Rafael Alberti, perfectamente encuadrado en esa vieja España clandestina, haya hecho una gozosa adaptación teatral de la obra de Delicado. Más allá de cualquier adquisición erudita, lo que destaca es la "modernidad" de un texto que purifica o limpia unos canales de comunicación con la realidad, largamente deformados por dirigidos idealistas. El que Delicado guardara el anónimo en la primera edición de su obra, o el que emigrase a Italia, son rasgos que le unen a Francisco de Rojas y que iluminan las significaciones de su texto. Rojas, ciertamente, murió en Talavera, pero era, como Delicado, hijo de judíos conversos, y sus restos descansan todavía entre las ruinas de una iglesia posteriormente dedicada a los más diversos menesteres. Los dos, Rojas y Delicado, aparecen como hombres embozados, más o menos refugiados en penumbras eclesíásticas, desde las que consiguen elaborar, con peligrosa independencia, sendos libros que dan fe de un realismo, de una frescura idiomática, de un mundo popular y ajeno a los conceptualismos oficiales. A los dos, a Rojas y a Delicado, el éxito de sus libros les lleva a descubrir su identidad. Los dos figuran hoy, contra el viento de las censuras, entre los más grandes autores de la literatura española de todas las épocas. Aunque, llegados a este punto, sea necesario señalar la superior riqueza y armonía de "La Celestina" respecto de esta asimismo extraordinaria "La lozana andaluza". ■ J. M.

García Márquez, periodista

Respondiendo a su nombre, la colección «Cuadernos Marginales» (Oscar Tusquets Editor, Barcelona) acaba de recuperar un antiguo trabajo periodístico de Gabriel García Márquez publicado en «El

Espectador», de Colombia, en 1955, época del dictador Rojas Pinilla. La aparición del reportaje determinó el exilio del autor y la desventura del protagonista. Ahora nos es ofrecido en un breve volumen bajo el título de «Relato de un naufrago». Aparte del indudable interés que encierra como narración de unos hechos reales, radica su valor en su condición de denuncia de una situación anómala amparada por el Gobierno. La excesiva carga de contrabando de un barco oficial fue, en efecto, la causa de que ocho marineros cayeran al mar en el Caribe. De ellos se salvó, después de una increíble odisea, el protagonista de esta historia, Luis Alejandro Velasco, relatada por él mismo en primera persona y narrada por Gabriel García Márquez, en aquel tiempo modesto periodista en Bogotá.

Aunque el carácter específico del tema de este relato no permita establecer ninguna analogía, uno recuerda otros escritos de denuncia célebres, como el de Gide sobre el Congo, el histórico de Zola y alguno de Jean-Paul Sartre. Al menos, a su nivel, tuvo el mismo valor político.

«Relato de un naufrago» está expuesto con una poca común calidad periodística, que en su hora debió anunciar ya, para el que supiera ver, los posteriores aciertos literarios del autor. Es trabajo escrito con nervio, con economía expresiva y con una formidable capacidad de síntesis para reflejar cada situación: un auténtico modelo en su género.

En la «introducción» al reportaje, firmada hace dos meses, Gabriel García Márquez se queja amargamente del peso de su popularidad y lamenta por anticipado que este breve libro pueda difundirse exclusivamente por ella. Pero es justo decir que sus valores son múltiples: de un lado, el de la historia en sí misma, como relato de aventuras y como denuncia política; de otro, el propiamente literario y periodístico, que depende de su estilo brillante y de la adecuada fórmula utilizada. Y este es, por descontentado, mérito suyo, que viene a recordarnos su presencia en Barcelona, donde

habitualmente vive, y donde prepara una novela, sin duda muy importante. ■ EDUARDO G. RICO.

Homenaje a Aranguren

El profesor Aranguren ha ofrecido un raro ejemplo. No sólo ha sabido situar a alumnos y estudiosos que se han acercado a él en plena libertad intelectual, sino que les ha ofrecido, sin pudor, el espectáculo de sí mismo, esto es, el de un intelectual que constantemente se corrige, contra-



dice y avanza. No es el profesor que se parapeta tras un sistema concluso y sin fisuras, sino que hace partícipe al discípulo —o al lector— de su propia aventura intelectual. Nada más alejado, por tanto, del profesor que desde su cátedra intenta someter a una "disciplina" al alumno, práctica normal y tras la cual se adivina siempre el propósito de orientar los saberes en orden a un determinado "orden". El profesor Aranguren no se ha movido ni por un interés de escuela propia ni por unos intereses extraños a la búsqueda de la claridad. Tal labor no podía por menos de ser fecunda tanto en el número de los que de algún modo reconocen su paternidad o influencia intelectual como por la pluralidad de tendencias ideológicas surgidas a su calor. El conjunto de ensayos que bajo el título de "Teoría y sociedad" ha sido editado por Ariel como homenaje

a Aranguren con motivo del cumplimiento de los setenta años de éste, es una buena prueba. Un "testimonio" se nos dice en el prólogo. "Aranguren brindó siempre toda su comprensión y estímulo a cuantos nos acercamos a él desolados ante la imposibilidad de encontrar en el medio español establecido un marco en que desarrollar las inquietudes que nos movían, animándonos a ahondar críticamente en nuestras particulares inclinaciones teóricas, ya fuesen de índole filosófica, sociológica o política... No intentaba en modo alguno moldearlas según sus opiniones o convicciones personales...". Firman estas palabras introductorias Francisco Gracia, Javier Muguerza y Víctor Sánchez de Zabala, quienes se han preocupado de reunir una veintena de trabajos, dispares en temas, métodos e ideología. Pero unificados por el denominador común del afán de rigor y la preocupación crítica. En ningún caso, como cabría pensar en principio, se estudia el pensamiento de Aranguren. Cada autor ha querido ofrecer desde su propio campo de estudio una muestra como homenaje a la liberalidad ideológica del que fue catedrático de Ética y Sociología en la Universidad de Madrid y hoy es profesor ordinario de la de California, en Estados Unidos. Pero aparte del significado de este trabajo editorial, subtítulo "homenaje al profesor Aranguren", "Teoría y sociedad" tiene un interés específico: nos permite informarnos acerca del nuevo pensamiento español crítico surgido en la Universidad estos últimos años en filosofía, sociología, historia de las ideas políticas... Gran parte de los autores explican actualmente en la Universidad, alguno de ellos como catedrático —el caso de Emilio Lledó—, otros como profesores: Manuel Sacristán, Raúl Morodo, Elías Díaz, Rubert de Ventós... Rompen la monotonía de los trabajos unos poemas del que fue catedrático de Estética, José María Valverde, y se recoge al final del tomo una bibliografía de los principales escritos de Aranguren, de una gran utilidad. ■ C. ALONSO DE LOS RÍOS.

Una serie de conferencias —en la Universidad de La Laguna y en otras instituciones de las islas Canarias— me obligan —gratamente, por supuesto— a permanecer aquí, en las islas. Desde ellas envío mi crónica de la semana. Para la gente como yo, el magnífico pretexto de unas conferencias siempre viene muy bien para ampliar el conocimiento de España. Ahora llega a mi conocimiento Canarias, la más atlántica de nuestras tierras..., tan atlántica que, en muchos aspectos, es un anticipo de América, de nuestra América. Y eso en todo, no sólo en la geografía, sino en el carácter de sus hombres; pero sobre todo en el habla... El domingo estuve con Jesús Hernández Perea, el más joven de los rectores universitarios de España —por lo menos, el más joven de espíritu, como se debe ser joven—, en las faldas del Teide, en lo que se llama «Las Cañadas del Teide». Aquello es el reino de la geología... Un poco más abajo, en el Puerto de la Cruz y en todo el Valle de la Orotava, está el reino de la botánica. Pero por todas las Canarias, y por eso son lo que son, se cierne el reino del hombre. En pocos sitios es posible ver, como aquí, una agricultura más civilizada. ¿Agricoltura civilizada? ¿Por qué habrá que pedir perdón, por la redundancia o por la contradicción?) Lo cierto es que ese poderío sin tregua entre los gran-



Homenaje a la Arquitectura Prerománica.